

Acercamiento biográfico al Padre Félix Varela (1788-1853)

José Manuel DE CÉSPEDES GARCÍA-MENOCAL*

*«Una estrella me moja los labios con los altos rocíos de cielo...
Es profunda la noche y grandes los golpes del agua:
pero siento paz honda por la estrella que gobierna mi frente,
una paz tan activa como la llama cuando embiste a la arista».*

Oración y meditación de la noche.
Mons. Angel GAZTELU GORRITI

Introducción

1. El Padre Félix Varela y Morales, sacerdote diocesano habanero, nació en 1788 y murió en 1853 tras un largo exilio en los Estados Unidos debido a razones políticas. Es una de las piedras fundamentales de la cultura y de la nacionalidad cubanas. Hombre congregante, venerado hoy en Cuba por tirios y troyanos, es considerado como el eslabón de oro de la cadena de genealogías que nos conduce a José Martí. En La Habana, fue profesor, promotor de cultura, formador de sacerdotes y de laicos —muchos de los cuales se cuentan entre los artífices de la independencia política de la Isla—, excelente predicador, hombre de confianza de su Obispo; luego, diputado a las Cortes en Madrid y Cádiz; en Nueva York fue párroco, Vicario General, polemista y editor de publicaciones católicas; participante, como asesor, en

* Mons. Carlos Manuel de Céspedes García Menocal, Vicario general de la diócesis de La Habana, es descendiente del prócer de la emancipación cubana Don Carlos Manuel de Céspedes y López del Castillo. Nos complace mucho publicar esta nueva colaboración de Mons. De Céspedes (la primera apareció en el volumen VII de AHig), en la que nos ofrece ahora un biografía muy completa y erudita del sacerdote Félix Varela y Morales, una de las figuras más destacadas de la vida católica cubana, exiliado primero en Europa y después en Nueva York, por sus ideas nacionalistas. En Nueva York tuvo el relevante papel en la atención pastoral de los inmigrantes irlandeses a los USA. Fue repetidamente citado por el Santo Padre Juan Pablo II durante su visita pastoral a Cuba, en enero de 1998, quien lo alabó como «piedra fundacional de la nacionalidad cubana» (N. de la R.).

los Sínodos de Baltimore, fundacionales de la Iglesia Católica en los Estados Unidos; hombre identificado en todos los lugares en los que estuvo, simultáneamente, por la ejemplaridad de su existencia sacerdotal, por su pensamiento liberal, antiesclavista e independentista y por su caridad y su fidelidad a los contenidos de la Fe Católica y a la Iglesia. De él se trata en este artículo. Acerca de la identidad católica, sin quiebras, del Padre Félix Varela Morales, no creo necesario abundar en este breve recorrido por los «camino espirituales» del Padre. Nunca fue puesta seriamente en duda, ni siquiera por quienes fueron sus enemigos intelectuales o políticos, contemporáneos o posteriores a él. Fue un hombre discutido como filósofo, como científico, como político y hasta como pastor de almas. Fue amado y admirado, pero fue también aborrecido. Su persona no dejó de suscitar polémicas aún después de muerto, pero no conozco imputaciones serias a la ortodoxia católica del Padre Varela —trátese de los contenidos de la Fe, de su lealtad para con la Iglesia o de la limpieza moral de su vida— entre los conocedores de su vida y de su pensamiento entero. Si Menéndez y Pelayo lo incluye en una nota de su obra *Historia de los Heterodoxos Españoles*, fue para alabarlo como apologeta y profesor y por «la pureza de su fe», aunque considera que el contenido de su filosofía, como síntesis filosófica, es pobre, afirmación que yo podría compartir si fuese referida solamente a la metafísica, a la cosmología y a la psicología racional y no incluyésemos bajo el acápite «filosofía» el pensamiento ético y sociopolítico del Padre, en los que el vuelo alto es indiscutible. Destaca también el eminente polígrafo español la influencia positiva del Padre Félix Varela en la Iglesia Católica en Cuba y en los Estados Unidos (*op. cit.* T.VII, Libro VIII, Cap.III, Notas, Buenos Aires 1945).

2. No me limito, por consiguiente, a afirmar esta indiscutida identidad católica, sino que trato de presentar —hasta donde esto nos resulta posible en un breve artículo— la hondura de su espíritu, para percibir en él la vivencia de su Fe, de su Esperanza y de su Amor (Caridad), o sea, su «espiritualidad», en las diversas etapas de su vida, al compás de la vida misma y de lo que experimentó como designio de Dios en ella. Lamentablemente, el Padre Félix Varela no nos dejó una autobiografía espiritual, al estilo de las «Confesiones» de San Agustín o de los manuscritos de las dos Teresas, la de Avila y la de Lisieux, lo que nos habría permitido conocerle el «espíritu» como él se lo conocía. A sus experiencias espirituales nos podemos acercar: por medio de la expresión de esos criterios en su vasta obra escrita; por medio del análisis de su azarosa existencia, casi totalmente inasible en su etapa infantil, pero bastante precisa a partir de la adolescencia; y por medio de los testimonios acerca de su persona que nos han regalado sus numerosos amigos.

3. La niñez es una etapa fundacional y casi siempre definitiva. Los acontecimientos que jalonan la infancia, los valores y contravalores observados y aprehendidos por ósmosis en el seno de la familia y en el ambiente en el que el niño se mueve, así como la formación religiosa e intelectual básica, la educación de la sensibilidad y de la volición, etc., dejan huellas que normalmente perduran a lo largo de toda la vida. En el caso de Félix Varela, me parece que conocemos parcial pero suficientemente esas circunstancias. Los biógrafos más cercanos a nosotros repiten errores cometidos por los primeros biógrafos, al mismo tiempo que corrigen otros, pero no sobre la médula de la vida del Padre Varela. Nos hace falta un buen trabajo de archivo y de interpretación objetiva de los datos, para precisar, por ejemplo, la composición exacta de la familia cercana del Padre y algunos momentos de su infancia.

Nacimiento y niñez. Familia. Educación

4. Félix Francisco José María de la Concepción Varela y Morales nació en La Habana, el 20 de Noviembre de 1788, en la casa paterna, situada en la Calle del Obispo entre la Calle Villegas y la Calle del Aguacate. Su padre, que carecía de familia en Cuba, había adquirido esta casa justamente al lado de la de la familia de su esposa. Fue bautizado en la Párrquia del Santo Ángel Custodio, en cuyo territorio se encuentran ambas casas, por Fray Miguel Hernández, O.P., Capellán del Regimiento en el que servían, como oficiales, el padre y el abuelo materno. Fueron sus padrinos precisamente el abuelo Bartolomé Morales y la tía materna Rita Josefa Morales. La familia paterna era española y de ella sólo conocemos al padre, Francisco Varela y Pérez, natural de Tordesillas, hijo de José Varela e Isabel Pérez, Teniente del Regimiento de Fijos de Infantería de La Habana cuando nace nuestro Félix Francisco José María de la Concepción. La familia materna ya era criolla. La madre, María Josefa Morales y Medina, natural de Santiago de Cuba, era hija de Bartolomé Morales y Remírez, Teniente Coronel del mismo Regimiento de Fijos de Infantería de La Habana y de María de la Soledad Medina, probablemente ya fallecida cuando nace su nieto Félix.

5. La madre muere muy pronto y el padre contrae nuevo matrimonio, casi en seguida, con la joven Carlota Guillermo. Algún autor ha dicho que, además de Félix, el matrimonio Varela-Morales tuvo dos hijas, María de Jesús y Cristina. No ha sido encontrada prueba documental de ello y, en todo caso, cuando se realizan los trámites legales para la herencia de Francisco Varela, éstas no aparecen en la documentación. Por lo tanto, si nacieron, murieron siendo muy niñas. Sabemos, sin embargo, que durante algún tiempo Francisco Varela sostuvo una relación no matrimonial, de la que nacen hermanos de Félix. Sabemos, por la citada documentación para la herencia paterna, de Francisca Soledad, de Josefa de Jesús y de Manuel. Sabemos también que Félix mantuvo con los tres relaciones cercanas. Se conservan cartas de Félix, ya adulto, sacerdote y Vicario General de Nueva York, a una de estas hermanas. Ignoramos si las relaciones extramatrimoniales del padre de Félix fueron anteriores al primer matrimonio o si datan del corto período de viudez o si fueron adúlteras, o sea, contemporáneas a alguno de los dos matrimonios. Aunque no consta con certeza la fecha —la más probable es 1796—, sabemos que el padre muere también siendo Félix todavía niño. Debido a la orfandad temprana, el niño crece en el seno de la familia materna, muy vinculada al Monasterio de las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa de Jesús. Una de las tías de Félix, Margarita, profesa como Sor Margarita Josefa de la Natividad de María y llegó a ser Priora del Monasterio. Otra tía, Rita, la que fue madrina de Bautismo de Félix, y la que más directamente se ocupó de la educación del niño, vivió durante largos años como huésped del Monasterio de La Habana y en él falleció siendo ya muy anciana. Económica y socialmente la familia Morales-Medina podría ser calificada, con términos contemporáneos, como de clase media alta.

6. El abuelo Bartolomé fue trasladado al Castillo de San Marcos, en San Agustín de la Florida, entonces parte de la Capitanía General de Cuba, como Comandante del Tercer Batallón del Regimiento de Cubanos destacado en el lugar, por orden del Rey Carlos IV firmada el 2 de Agosto de 1791; el 27 de Octubre del mismo año ya estaba en el lugar de su destinación. ¿Fue también destinado a San Agustín el padre del niño, Francisco Varela Pé-

rez, ascendido a Capitán desde el 14 de Octubre de 1789? Algunos biógrafos lo afirman, pero no hay constancia documental clara y, debido a ello, otros lo niegan. ¿Cuándo fue el niño Félix a San Agustín: en 1791, con el abuelo y, en el caso de que su padre hubiese sido destinado también a la Florida, con su padre? Si el padre no fue destinado a San Agustín, ¿quedó Félix con él y su segunda esposa en La Habana y se trasladó a San Agustín después de la muerte de su padre? ¿Dónde murió Francisco Varela Pérez, en La Habana, en otro lugar de Cuba, en la Florida, en Santo Domingo o, menos probablemente, en España? En cualquier hipótesis, siendo todavía muy niño, antes o después de la muerte de su padre, Félix se trasladó a San Agustín de la Florida —entonces pequeña ciudad de 2 000 habitantes— en la que se educó bajo la tutela del abuelo materno y de la Tía Rita, su madrina, quien nunca contrajo matrimonio y que habría partido de La Habana a San Agustín con otros miembros de la extensa familia Morales, sea con Bartolomé, sea posteriormente. Existen indicios que, según mi criterio, permiten afirmar que, tanto Félix como los demás miembros de la familia, viajaron en algunas ocasiones a La Habana durante los años de residencia en San Agustín y de que Félix ya estaba en La Habana cuando decidió comenzar los estudios en el Seminario «San Carlos y San Ambrosio», con la requerida autorización del abuelo. En todo caso, haya llegado a la Florida antes de cumplir los tres años de nacido o haya llegado unos pocos años después, el conocimiento de las influencias recibidas en la niñez en San Agustín es imprescindible para comprender su personalidad ulterior.

7. Fue educado entre militares españoles que poseían el estilo de la época y, en este caso, se trataba de militares con una conciencia muy clara de su responsabilidad como defensores de la frontera norte del Imperio español en América: frontera política, cultural y religiosa. Más allá, en el norte, empezaban las ex-colonias británicas, recientemente independizadas, que iniciaban su vigorosa expansión hacia el sur (amenaza para Cuba ya entrevista por españoles y cubanos lúcidos de la época) y hacia el oeste (amenaza para México). Con ellas, empezaba el territorio todavía casi exclusivamente propio del Protestantismo y no eran tiempos de buenas relaciones ecuménicas. Amén de que la Iglesia Católica era parte del entramado político español y la Fe Católica uno de sus pilares culturales. Tengamos en cuenta, por otra parte, en este acápito, que la colonia española de San Agustín de la Florida estaba formada principalmente por colonos menorquines, con un estilo de vida más influido por Cataluña que por Castilla.

8. No nos sorprenda, pues, que Carlos IV se preocupara por enviar a la recuperada colonia de la Florida, junto a los militares, un grupo de misioneros de origen irlandés, de los que habían emigrado a España debido a las persecuciones religioso-políticas en Gran Bretaña. Estos misioneros habían sido formados en la Universidad de Salamanca, a la sazón uno de los mejores exponentes y centro de irradiación de la vertiente liberal y humanista del catolicismo español de la época. Curiosa amalgama espiritual encontramos en estos hombres, en los que el Catolicismo Ilustrado de corte español, heredero de Fray Benito Jerónimo Feijóo, se insertaba en el tronco tradicional y misionero, de sólida raigambre irlandesa, generando una especie muy peculiar de humanismo católico. De esa corriente de pensamiento y de esa espiritualidad el propio Félix Varela, adulto y siendo ya sacerdote, sería uno de los principales promotores en Cuba y, posteriormente, en su largo exilio en los Estados Unidos de Norteamérica, en el que, entre otras tareas pastorales, debió ocuparse de los inmigrantes ir-

landeses, para cuya atención pastoral fue providencialmente preparado por su niñez a la sombra de los sacerdotes de San Agustín.

9. Uno de estos sacerdotes humanistas de origen irlandés, Michael O'Reilly, fue el formador intelectual y espiritual del niño y adolescente Félix Varela. Estaba encargado de la escuela «*libre de prejuicios de color*» fundada por su antecesor, el Padre Thomas Hassett. Ya era simultáneamente Capellán del Ejército y del Hospital y, cuando el Padre Hassett fue trasladado como Canónigo a la Catedral de New Orleans, fue designado Vicario de la zona este de la Florida. Podemos suponer, con fundamento, que, a causa de estas responsabilidades, sus relaciones con la familia Morales-Medina deben haber sido muy estrechas.

10. Del Padre O'Reilly sabemos que era un hombre justamente identificado como «espiritual», extremadamente trabajador y bien calificado. Además de conocimientos teológicos notables para la época, poseía varios idiomas —latín, griego, español, inglés y francés—, música y matemáticas. De él sabemos también su concepción del sacerdocio como combate por la Fe en el Dios verdadero, por la Iglesia Católica y por la genuina civilización o educación del espíritu de la persona. El sacerdote —en la terminología del Padre O'Reilly— era, por consiguiente, un soldado, pero destinado a una misión diversa a la de los integrantes del ejército; a éstos correspondía el combate físico; a los sacerdotes, el combate espiritual, que él había elegido para sí. Una peculiar finura espiritual traducida a una vida sacerdotal fiel, el catolicismo firme, las ideas de la Enciclopedia inteligentemente filtradas, el patriotismo sólido —propio de los irlandeses— y la sensibilidad social se integraban, según referencias fiables, en el Padre O'Reilly, el formador de Félix en su niñez y primera adolescencia. Aunque las genealogías de esos O'Reilly no son totalmente contundentes, al parecer el sacerdote era hermano del General Alejandro (¿o Felipe?) O'Reilly, quien había elegido el combate físico y había servido a Catalina II, *la Grande*, Emperatriz de Rusia, y al Rey Carlos III de España, ambos monarcas ilustrados, y había tomado parte en la organización de las milicias habaneras.

11. La dosis de ternura que sólo junto a mujer puede adquirirse, el aliento de cubanía —presente también en el abuelo materno— y la religiosidad o espiritualidad familiar, de matriz carmelitana, le llegaban al niño de la Tía y Madrina Rita Morales, ya mencionada anteriormente, la hermana de la madre de Félix, que se había trasladado a San Agustín probablemente desde 1791 (cf. *supra*, nn. 5 y 6). Cuando Félix, ya adulto, se refiera a ella en sus cartas, la llamará «mi segunda madre».

12. A estos influjos personales, añadamos los elementos situacionales: el momento económico de Cuba debido al fomento de la agricultura, el incremento desmesurado de la esclavitud, de la que fue testigo también en San Agustín, la Revolución Francesa y sus secuelas de diversa índole, el flujo de las ideas de la Ilustración con sus repercusiones culturales y políticas no extrañas en la vida cotidiana de Cuba y, consecuentemente, de San Agustín, el desarrollo democrático —no exento de contradicciones— propio de los vecinos Estados Unidos, cuya amenaza sobre Cuba había hecho explícita el Presidente Jefferson cuando Varela estaba todavía en la Florida, etc. La luz en el entendimiento era ya visible en el niño Félix; la reciedumbre en la voluntad y la sensibilidad estética, no menos; el talante religioso, patente. Todo ello sazonado por un buen humor notable y asentado en un cuerpo frágil y no muy hermoso.

13. Cuentan los primeros biógrafos del Padre que cuando el abuelo Bartolomé, el disciplinado militar, le propuso al adolescente Félix, que no había cumplido todavía los

catorce años, el ingreso a la carrera militar —a pesar de la fragilidad física—, el nieto repuso: «Yo quiero ser un soldado de Jesucristo. Mi designio no es matar hombres, sino salvar almas». ¿Pronunció esta frase literalmente en tal ocasión? Me permito dudarlo. Ni siquiera posteriormente, siendo sacerdote adulto, fue amigo Félix Varela del empleo de retóricas en la conversación familiar; mucho menos las incluiría, a los trece años, en un diálogo con el abuelo que le había hecho las veces de padre. Ahora bien, sí creo muy probable que esta frase refleje su estado de ánimo, su decisión temprana, y que la haya expresado, en aquel momento, al abuelo solícito, con palabras más sencillas. Es muy posible también que, ya adulto y sacerdote, se haya referido a su vocación y a la escena con términos análogos a los citados por los primeros biógrafos, admiradores que, consciente o inconscientemente, ya le consideraban «santo» y dibujaban su icono. No es menos cierto que, en todo caso, la frase parece ser un eco de la visión del sacerdocio que Félix debe haber adquirido junto al Padre O'Reilly. Si los cronistas de la historia de la Iglesia en la Florida no nos engañan, el sacerdote irlandés, maestro de Félix Varela, se expresaba en términos análogos.

En el Real y Conciliar Colegio Seminario «San Carlos y San Ambrosio» de La Habana

14. Cuando en 1801 Félix Varela inicia sus estudios —inicialmente como alumno externo— en el Real y Conciliar Colegio Seminario de «San Carlos y San Ambrosio» de La Habana, ya la institución se encaminaba por los derroteros que la caracterizarían en su posterior época de oro, bajo la tutela del Obispo Espada y contando con el magisterio de los intelectuales más ilustres de la ciudad. El adolescente Félix se incorpora, pues, a la que sería, probablemente, la más significativa institución docente de todo el período colonial en Cuba, heredera y resultante de varios antecedentes y concomitantes: el precedente inmediato, o sea, el humilde Colegio Seminario de «San Ambrosio»; el Colegio «San José», de la Compañía de Jesús, avanzada tímida de la Ilustración y de la Modernidad en la Colonia; la Pontificia Universidad «San Jerónimo», de la Orden de Predicadores; la atmósfera intelectual y espiritual de los sectores más despiertos de la Isla, en claro período de ebullición, debido al flujo de ideas provenientes de España y del resto de Europa, a las consecuencias de la Independencia de las Trece Colonias de Norteamérica, a la Revolución Francesa, a la independencia de Haití y a la avalancha consecuente de colonos franceses en Cuba, a las primeras inquietudes independentistas en Hispanoamérica, etc. De ese mismo clima o «espíritu epocal» se nutren el «Papel Periódico», la Sociedad Económica de Amigos del País y, posteriormente, su «Revista Bimestre» y, en cierta medida la misma Universidad, que no puede ser ajena al mismo. Estas instituciones, relacionadas con la cultura y la espiritualidad, en el sentido más abarcador del término, evolucionan en el mismo caldo de cultivo —al que son sensibles en medida disímil— y se influyen recíprocamente. No podía ser de otro modo en un ámbito geográfico y social tan reducido como el de La Habana de fines del siglo XVIII y principios del XIX; *a fortiori*, como era el caso, si las mismas personas estaban involucradas, por una u otra razón, en las diversas instituciones que creaban y estimulaban las corrientes culturales y espirituales vigentes en la existencia colonial

15. Entre los sacerdotes que el adolescente Félix encuentra en «San Carlos», quien más influye sobre él es el Padre José Agustín Caballero y Rodríguez de la Barrera, tanto en su desarrollo intelectual, como en la maduración espiritual, en la que incluyó el afianzamiento de su decisión por la vida sacerdotal, de la que el Padre José Agustín Caballero —el «Padre Agustín», como era universalmente conocido en La Habana— era un exponente ejemplar. Había nacido en La Habana el 28 de Agosto de 1762; ingresó en el Real y Conciliar Colegio Seminario de «San Carlos y San Ambrosio» en 1774 —o sea, cuando la nueva institución abrió efectivamente sus aulas— para no abandonarlo hasta su muerte, ocurrida en 1835. Obtuvo el Doctorado en Teología en la Real y Pontificia Universidad de «San Jerónimo» en 1788.

16. El Padre José Agustín Caballero emerge en la sociedad cubana de la época como una personalidad multifacética y como criollo paradigmático de la Modernidad incipiente. Sin quiebras en el ejercicio de su ministerio sacerdotal —muy activo, por cierto—, se ocupó de cuestiones filosóficas, teológicas, morales, políticas, pedagógicas y científicas, con sumo rigor intelectual, vivido personalmente y exigido a los demás; fue profesor y periodista y, tanto en la cátedra como en sus artículos, se presentó siempre como un reformador del pensamiento, de la sociedad y, muy particularmente, de la educación. Además de conocer las fuentes tradicionales del pensamiento católico —Biblia, Padres de la Iglesia, la gran Tradición Escolástica, los maestros de la espiritualidad católica y el Magisterio Eclesiástico— y de nutrirse de ellas, estaba familiarizado con el pensamiento de Bacon, Descartes, Feijóo, Campomanes, Galileo, Condillac, Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Cousin y de los estudiosos americanos de la Enciclopedia, como los limeños José de Baquijano y Carrillo y Pablo de Olavide y los mexicanos José Antonio Alzate y Francisco Javier Alegre.

17. Muchas de las «notas» por las que identificamos el pensamiento, las actitudes y la acción pastoral y sociopolítica del Padre Varela, están ya presentes, como algo más que un simple embrión, en el pensamiento, las actitudes y la acción pastoral y sociopolítica de su profesor, el Padre Agustín. Destaco las siguientes:

- a) la convicción de que la mayor cuota de verdad, en el ámbito de la razón, era asequible solamente por las vías de la Filosofía ecléctica o electiva, lo que implica el rechazo a la Escolástica decadente de la época y la apertura al pensamiento filosófico contemporáneo;
- b) la necesidad de una educación popular, o sea, al alcance de todas las capas de la población, incluyendo a las mujeres;
- c) el cultivo imprescindible de la lengua vernácula, en nuestro caso la castellana, y su empleo como medio preferencial en la instrucción;
- d) la inclusión de los estudios científicos experimentales en las universidades y seminarios;
- e) la valoración positiva del trabajo manual;
- f) la urgencia del establecimiento de un régimen de mayor autonomía (política, económica, etc.) en el gobierno de las colonias dentro del sistema colonial español;
- g) la importancia concedida al periodismo y a las «sociedades patrióticas» como vehículos de difusión del pensamiento ilustrado y de realización de las reformas sociales postuladas por tal pensamiento;

- h) la comprensión del estudio de la Filosofía no sólo como un medio para adquirir conocimiento, sino también como camino para incrementar la práctica de la virtud;
- i) el juicio negativo merecido por la institución de la esclavitud, que calificó como «nuestra lepra social» y como «el mayor veneno social»;
- j) *last but not least*, su fidelidad sacerdotal indiscutida y su generosidad para con los pobres; «padre de los pobres y de nuestra filosofía», le llamaría posteriormente José Martí (en «El Avisador Hispanoamericano», Nueva York, 24 de enero de 1889).

18. En verdad, profesaba el Padre Caballero una concepción alta, amplia y comprometida de la existencia sacerdotal. Esperaba una gran seriedad por parte de la Iglesia en el ejercicio de todas sus responsabilidades y, en ese marco, afirmaba que sólo deberían ser ordenados sacerdotes los que fueran capaces de ejercer su ministerio «con honor y utilidad». El sacerdote —de acuerdo con su criterio— estaba llamado a emplear sus talentos, valiente y generosamente, en la solución de los problemas realmente importantes, no a derrochar su tiempo y sus dotes en cuestiones periféricas o superficiales. La fidelidad a la vocación sacerdotal debería siempre orientar al sacerdote hacia las situaciones más críticas y hacia los problemas que afectan profundamente a los hombres y mujeres marginados, menospreciados o afectados por situaciones sociales o económicas difíciles. Con esta visión asumió el Padre Caballero las responsabilidades que jalonaron su vida y adoptó las actitudes mencionadas anteriormente. Además, coherente con esta concepción de la vocación cristiana, en su especificidad sacerdotal, el Padre Caballero distribuyó prácticamente todo su patrimonio, que no era escaso, entre los pobres, para los cuales solía también solicitar ayuda a sus amigos con posibilidades de brindarla. Privilegió la atención a los pobres de la Casa de Beneficencia, a los presos, a los esclavos y a los enfermos recluidos en hospitales, cuyas condiciones, en términos generales, dejaban mucho que desear.

El Obispo Espada

19. Pocos meses después del inicio de los estudios de Félix Varela en «San Carlos y San Ambrosio», llega a La Habana el nuevo Obispo, Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa. Exactamente el 23 de Febrero de 1802. Fue «instalado» en la Catedral de La Habana, cinco días después, el 28 de Febrero. Desbordaría los límites de este texto la referencia a la personalidad rica y, por ende, tan discutida, del hombre que rigió durante casi un tercio de siglo la Diócesis de La Habana y cuyo influjo personal llegó mucho más allá de las fronteras de lo estrictamente eclesiástico. El Obispo Espada se inscribe también en la corriente ilustrada y humanista del Catolicismo español. Había nacido en la provincia de Alava el 20 de Abril de 1756, en el seno de una familia acomodada. Fueron sus padres Andrés Díaz de Espada y López de Ondátegui y María Fernández de Landa y Ruiz de Azúa. Estudió en la Universidad de Salamanca y en ella obtuvo el Doctorado en Teología. En esa misma ciudad fue ordenado sacerdote y siendo Rector del Colegio de «San Bartolomé» fue Diputado a Cortes por la Universidad. Probablemente, su amistad con Manuel Godoy, le valió su desig-

nación para la Diócesis de La Habana el 11 de Agosto de 1800, en la que desembarcó un año y medio después. Inmediatamente sintonizó con las personas y las instituciones «ilustradas» de la ciudad, se inscribió en la Sociedad Patriótica y dirigió su pupila inteligente a los sacerdotes, al Seminario y a la situación religiosa y socioeconómica de la Diócesis a su cargo. No solamente veló por La Habana, la ciudad capital, sino también por los poblados y pequeñas ciudades del interior y por toda su extensión rural, que recorrió personalmente, empeñándose en las cuestiones estrictamente religiosas y en la educación, la atención sanitaria, las condiciones de la producción agrícola, etc. Es decir, se preocupó por el bienestar espiritual y corporal de su grey y se empeñó en incrementarlo. Todo lo cual concuerda con el humanismo católico integral que profesaba nuestro Obispo y que trató de inculcar en los sacerdotes, en los religiosos y en los fieles laicos de su Diócesis. No siempre lo logró. Tengamos, además, en cuenta que entonces la Diócesis abarcaba la mayor parte de la longitud de la Isla: desde el Cabo de San Antonio, en el extremo occidental de Cuba, hasta más allá del centro de la Isla, en la actual Diócesis de Ciego de Ávila.

20. De su prolongado ministerio episcopal y de su influjo en Félix Varela, bástenos señalar en este texto lo siguiente:

- a) se caracterizó por el esfuerzo sostenido para lograr la realización del proyecto de la Ilustración Católica en la vida de la Iglesia y de la sociedad cubana;
- b) tuvo éxitos rotundos y fracasos igualmente rotundos; amigos leales que le quisieron y le admiraron y personas hostiles que hicieron todo lo que estuvo a su alcance para alejarlo del gobierno pastoral de La Habana;
- c) la historiografía cubana suele considerarlo como la personalidad más positiva para nuestro Nación dentro de la larga serie de Obispos que ejercieron tal ministerio durante el régimen colonial;
- d) fue el Obispo que acompañó a Félix Varela durante el resto de su estancia en La Habana, primero como estudiante y después como sacerdote, hasta su partida definitiva de Cuba —para representarla en las Cortes en España— en la fragata *Purísima Concepción*, el 28 de abril de 1821;
- e) fue el que lo ordenó sacerdote el 21 de Diciembre de 1811 en la Catedral de La Habana y el que ya antes de la Ordenación Sacerdotal lo había introducido en el claustro de profesores de su Seminario, orientando la vida del joven hacia las tareas académicas —en las que Félix quizás no había pensado cuando decidió su vocación sacerdotal— pidiéndole que «barriera» —fue el verbo que utilizó el Obispo— con todo lo que no fuera útil;
- f) fue quien creó en 1820 la cátedra de Constitución e indicó al ya entonces prestigioso Padre Félix que se presentara a oposiciones para la misma, empujándolo así a que agregara en sus quehaceres académicos el pensamiento político, trabajado de manera sistemática, ya que el Padre Varela había incursionado en él talentos, pero sólo esporádicamente. De los años anteriores a la creación de la cátedra de Constitución, conservamos los siguientes textos en los que el Padre aborda la temática política: 1. Dos sermones en 1812, uno por la aprobación de la Constitución y otro por la elección de los Diputados a las Cortes; 2. Elogio Fúnebre de

Don José Pablo Valiente y Bravo, intendente en La Habana durante el gobierno de Las Casas entre 1792 y 1799 y fallecido en España a fines de 1817; el elogio fue pronunciado en el homenaje que le rindió la Real Sociedad Patriótica el 10 de Marzo de 1818; 3. Elogio a Fernando VII en el homenaje organizado por la Real Sociedad Económica, el 12 de Diciembre del mismo año de 1818; 4. Oración Fúnebre en la Iglesia Catedral con motivo de los funerales por Carlos IV, el padre de Fernando VII, el 12 de Mayo de 1819. Una vez que obtuvo la cátedra de Constitución, el Padre Varela escribió un texto para los alumnos que, hasta donde nos permiten afirmar nuestras informaciones, fue el primer texto de Derecho Constitucional escrito en Hispanoamérica;

- g) en esa misma dirección, el Obispo Espada fue quien alentó al Padre Varela a que se presentara como candidato a Diputado a las Cortes en las elecciones del 13 de Marzo de 1821, paso que definió el futuro del Padre Varela en un sentido que ni el Obispo, ni el Padre habrían podido prever: el Padre partió de La Habana el 18 de Abril (cf. *supra*) y más nunca pudo regresar a su Patria. La petición del Obispo Espada y la obediencia del Padre Varela cambiaron sustancialmente los rumbos y el estilo de vida sacerdotal del Padre;
- h) por último y como razón que al menos parcialmente explica y cimienta todos los influjos enunciados del Obispo sobre el sacerdote, subrayo la fascinación que el Obispo Espada ejercía sobre los intelectuales que, en La Habana, comulgaban con las ideas, la espiritualidad y los proyectos sociales propios de la Ilustración, entre los cuales se encontraba, evidentemente, el Padre Félix Varela.

21. Me resulta inevitable incluir precisamente en este punto de nuestra reflexión —que nos remite al Obispo Espada— las citas, muy conocidas en Cuba, de Don José de la Luz y Caballero, sobrino del Padre José Agustín, alumno de él y del Padre Varela en el Colegio Seminario, amigo perdurable del Padre y uno de los mejores educadores cubanos del siglo XIX. Dice Don José en sus *Apuntes para la nota necrológica del Señor Obispo Espada*: «Marcaba el camino para la civilización sin preguntar y aún saber qué rumbos seguirían otros. Eso también lo caracterizaba en sus grandes ejemplos de firmeza. Aquí es verdaderamente extraordinario y aún fue realmente único». Casi diez años después, el mismo Luz escribiría: «Grande Espada (sí, *unicuique suum*) cabeza suprema del Seminario y cabeza nacida para todo» (*Filosofía, Rectificación*, «Gaceta de Puerto Príncipe» [2 de Mayo de 1840]).

22. Y el discípulo remoto y paradigmático de aquellos hombres, nuestro José Martí, en su artículo necrológico sobre Antonio Bachiller y Morales, otro intelectual cubano notable del siglo XIX, también antiguo alumno del Colegio Seminario, remontándose a la época del oro de «San Carlos», así la describe: «... cuando el sublime Caballero, padre de los pobres y de nuestra filosofía, había declarado, más por consejo de su mente que por el ejemplo de los enciclopedistas, campo propio y cimiento de la ciencia del mundo el estudio de las leyes naturales; cuando salidos de sus manos, fuertes para fundar, descubría Varela, tundía Saco y La Luz arrebatava... siempre será honra de aquellos criollos la pasión que, desde el abrir de los ojos, mostraban por el derecho y la sabiduría, y el instinto que, como dote de la tierra, los llevó a quebrantar su propia autoridad antes que a perpetuarla. Era de rayos aquella elocuencia, de ariete aquella polémica, de ángeles aquella caridad. El aire era como griego, y

los conventos como el foro antiguo, a donde entraban y salían, resplandecientes de la palabra, los preopinantes fogosos, los doctores noveles, con su toga de raso, los escolares ansiosos de ver montar en su calesa amarilla de persianas verdes, a aquel obispo español, que llevamos en el corazón todos los cubanos, a Espada que nos quiso bien, en los tiempos que entre los españoles no era deshonra amar la libertad, ni mirar por sus hijos... ¡Pero han de volver, sin duda, los tiempos de Espada!» («El Avisador Hispano-Americano», Nueva York, 24 de enero de 1889).

23. Junto a hombres de ese temple alcanzó Félix Varela su madurez humana integral. En «San Carlos y San Ambrosio» continuó la formación espiritual e intelectual que había iniciado en el seno de su familia y junto a los sacerdotes irlandeses de San Agustín; en la Pontificia Universidad «San Jerónimo» obtuvo sus grados académicos y, provisto de tales armas, accedió al sacerdocio el 21 de Diciembre de 1811, en la Catedral de La Habana, de manos del Obispo Espada y presidió por primera vez la celebración de la Misa en el Monasterio de «Santa Teresa» de las Madres Carmelitas. Hasta el final de su etapa habanera, el Padre continuará vinculado al Seminario como profesor de diversas disciplinas filosóficas y científicas —que entonces se impartían como un todo— e inauguraría la ya mencionada cátedra de Constitución que, en realidad, calificaríamos hoy como cátedra de Derecho Constitucional. Fundó la Sociedad Filarmónica de La Habana, participaba de modo creciente en la vida pública de la ciudad y servía, con la predicación y la enseñanza, en diversas parroquias y conventos. Fue un período de incrementos sucesivos en su siempre rica personalidad, de afinamiento de sus criterios, de desarrollo intelectual y de creciente aprecio al Padre por parte de círculos amplios de la sociedad habanera de la época.

24. Del contenido de su pensamiento filosófico y teológico y de su labor profesoral, conocidos por el testimonio de los discípulos y por las obras publicadas, estimo que —en relación con el tema que nos ocupa— deben tenerse en cuenta los siguientes ingredientes:

- a) Valoración del pensar rectamente con entendimiento propio. En mi tierra todos conocemos el *dictum* del varias veces citado Don José de la Luz y Caballero: «Mientras se piense en la Isla de Cuba, se pensará en quien primero nos enseñó a pensar» (*Filosofía, Rectificación*, «Gaceta de Puerto Príncipe» [2 de mayo de 1840]). El discípulo y amigo recuerda así que, según el Padre Varela, lo que primero debemos aprender es «a pensar». La afirmación de Luz coincide con el énfasis puesto por el Padre en la enseñanza de la Lógica como fundamento de cualquier estudio ulterior, para que el joven estudioso sea capaz de proceder con pensamiento veraz, bien estructurado y rectamente dirigido y pueda llegar así al conocimiento de la verdad propia del estudio en cuestión (científico, filosófico, teológico). El propio Padre había escrito en 1818: «El hombre será menos vicioso cuando sea menos ignorante. Se hará más rectamente apasionado cuando se haga más exacto pensador» (*Apuntes filosóficos sobre la dirección del espíritu humano*), frase en que se entrelazan conocimiento recto y eticidad, lo cual constituye uno de sus afanes personales y una de las constantes en el trabajo del Padre como formador de la juventud habanera.
- b) Necesidad de discernir con sabiduría en qué zona del conocimiento nos estamos moviendo para valorar entonces los medios o argumentos requeridos. Por ejemplo,

la experimentación en el conocimiento de la verdad científica, la razón en el terreno de las ciencias y de la filosofía, la luz de la Fe —que nos llega por la autoridad de la Palabra de Dios, de la genuina Tradición y del Magisterio eclesiástico— si de Teología se trata.

- c) La afirmación de la categoría superior del eclecticismo o Filosofía electiva y del utilitarismo filosóficos, lamentablemente no siempre entendidos como los entendía y postulaba el Padre. En una obra de juventud, escrita todavía en latín, ya afirmaba: «Lo que la filosofía ecléctica quiere es que tengas por norma la razón y la experiencia y que aprendas de todas; pero que no te adhieras con pertinacia a ninguna» (*Propositiones variae ad tironum exercitationem*, texto incluido por el autor en sus *Institutiones Philosophiae Eclecticae ad usum studiosae iuventutis editae*, La Habana 1812). En cuanto a su utilitarismo —sea en el dominio de las ciencias y de la técnica, sea en el de la filosofía y de la teología—, asumámoslo como el propio del hombre inteligente e ilustrado que «barre» las cuestiones inútiles. «Barrer», ya lo mencioné, fue precisamente el verbo que utilizó el Obispo Espada cuando lo destinó a la enseñanza. Para el Padre la utilidad no se reducía a un pragmatismo de baja estofa, puesto que nada consideraba más útil que la búsqueda de la verdad y la práctica de la virtud, raigalmente entrelazadas ambas actitudes en una genuina antropología cristiana. El Padre eludió las cuestiones que desalientan al joven estudioso en la búsqueda de su genuina estatura humana, no los esfuerzos intelectuales y de diverso orden que contribuyen al acercamiento a la Verdad, al Bien, a la Belleza, o sea, a la existencia sustentada por la ética evangélica.
- d) El carácter tradicional de su pensamiento teológico, muy preciso y nutrido por un amplio conocimiento —poco frecuente en la época— de las fuentes de la Revelación y del Magisterio Eclesiástico. Como en La Habana se dedicó más al magisterio filosófico, hay que esperar al establecimiento del Padre en Nueva York para descubrirle los matices de su pensamiento teológico; de manera eminente en las frecuentes polémicas con los protestantes. Quizás se pueda afirmar que es en el dominio de la Eclesiología y, muy concretamente, con respecto a la dimensión ecuménica de la Iglesia, en donde el Padre Varela fue por delante de la mayoría de los pensadores de su tiempo en América. En sus polémicas con los protestantes norteamericanos, muy violentos entonces con la naciente Iglesia Católica en los Estados Unidos, nunca alteró su tono respetuoso y solía llamarlos «*our dissenting brethren*» (cf. *The Reformation examined according to the Protestant principles*, en «*The Catholic Expositor and Literary Magazine*» [June 1842, p. 151]). En los textos de este género muestra un manejo, no común entre los intelectuales católicos del lugar y del momento, de la Biblia, de los Padres y de la mejor tradición escolástica. No le pidamos al Padre las precisiones de los textos del Concilio Ecuménico Vaticano II, del Magisterio posterior y de la especulación teológica contemporánea, pero no me caben dudas acerca de la excepcionalidad de ese tono que, sin dejar de ser claro y firme, es más que simplemente respetuoso; es fraterno y dialogal y conceptuoso, en la polémica con cristianos de otras confesiones.
- e) Esta última afirmación nos lleva de la mano a constatar otra adquisición no frecuente en los clérigos contemporáneos del Padre: la actitud dialogal ante todo tipo

de conflictividad, no sólo la religiosa, sino también la social y política. Lo cual no quiere decir que el Padre no haya sido sumamente diáfano en la exposición de sus opiniones personales y de la enseñanza de la Iglesia sobre el asunto en cuestión, pero simultáneamente solía mostrar su actitud de atención y de acogida de la opinión del «otro». Si desde 1823, o sea, con posterioridad a su ejercicio profesoral en La Habana, con relación a la independencia política de Cuba, afirmó de manera rotunda la necesidad de la guerra, me parece que debemos encontrar la causa en la constatación de que cualquier otro recurso político sería ya inútil. Vio varios decenios antes que los demás autonomistas cubanos —él mismo había sido autonomista— que la independencia política de España y el establecimiento de un régimen democrático de corte parlamentario eran la única salida del marasmo en el que se vivían las relaciones entre Cuba y España, lo que pudo verificar durante su estancia en España (1821 a 1823) para participar en aquella azarosa sesión de las Cortes, que terminó con la cancelación —por el momento— del constitucionalismo y del liberalismo español. Dicha meta —la independencia y el establecimiento de la democracia en la Isla, con la consecuente abolición de la esclavitud—, en el contexto de la época, era inalcanzable por los senderos del diálogo político y de la concertación pacífica, a los que el Padre, por sensibilidad religiosa, por formación intelectual y por temperamento, se inclinaba más que a la guerra. El Padre tampoco era hombre propenso a confundir los sueños y las metas con las realidades objetivamente alcanzables: sabía que, en Cuba, la independencia de España y la democracia eran objetivos imposibles de conseguir entonces, pero sabía también que había que prepararse para ellos. Varela no era hombre que se paralizara ante imposibilidades momentáneas: me parece que podemos afirmar que uno de los ingredientes cimeros de su espiritualidad era el sano realismo evangélico. Era hombre que ante lo que consideraba óptimo, pero imposible, fuese en el hacer o en el decir, hacía y decía lo bueno posible.

- f) Y como para el Padre Varela la Patria no era noción que se redujera a paisaje, a geografía y a sentimientos de afecto familiar, sino que era realidad muy concreta y noción cargada de eticidad comprometida y de voluntad política, la preparación, a sus ojos, debería consistir en una educación ética del pueblo cubano, que le permitiera participar como actor, como protagonista, no como espectador, en el escenario político de la Isla. Por cierto que éste fue uno de los elementos del pensamiento del Padre que S. S. Juan Pablo II destacó durante su visita pastoral a la Isla; de manera muy especial, cuando se dirigía a los jóvenes y en su encuentro con artistas e intelectuales. La formación ética, a su vez, debería estar sustentada por la razón, pero por la razón iluminada y elevada por la Gracia, fuente de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad, los pilares de la vida virtuosa. Y ello formaba parte de su ministerio sacerdotal. Trabajar en esa dirección era «lo bueno posible» para el Padre desde sus tiempos de profesor en «San Carlos» y de predicador en las iglesias de La Habana, pero lo vemos con mayor claridad después de la experiencia española, cuando se estableció en los Estados Unidos. La publicación periódica «El Habanero», su obra *Cartas a Elpidio* y sus contactos directos y epistolares con cubanos de la época nacieron de esta opción ética y de su visión política realista, ya presente, como en semilla, en sus cursos y homilías en La Habana.

25. La ya mencionada participación del Padre Varela en las elecciones para Diputado a las Cortes y la consecuente presencia sumamente lúcida en las mismas, o sea, su activismo político directo, que hoy nos resultaría chocante en un sacerdote, era frecuente en la época y se concebía como un servicio a la sociedad en la que se vivía, servicio que entonces no parecía contradecir el ministerio sacerdotal, siempre que la actividad política en cuestión estuviese asentada y gobernada en la eticidad evangélica, no por intereses bastardos. Dicha actividad política se enmarcaba en el ámbito de la justicia y de la caridad, cuya promoción es deber de todo cristiano y, *a fortiori*, debe serlo para el sacerdote. De hecho, sabemos cuáles fueron los desvelos sociopolíticos del Padre antes, durante y después de su participación en las Cortes: la abolición de la esclavitud y la mayor cuota de libertad posible para la Isla de Cuba, su Patria. No le descubrimos al Padre ansias de protagonismo fatuo o de ambición de poder; se le transparenta en todo su voluntad de servir. En aquel entonces —y tradicionalmente en la Iglesia hasta no hace muchos años— hubiera sido mal juzgado el sacerdote que, teniendo la capacidad y las posibilidades, se negase a realizar los servicios a su pueblo que podrían derivarse de sus esclarecimientos y de sus actividades en el ámbito sociopolítico. Tal rechazo habría sido juzgado como una forma de egoísmo, de evitarse problemas, y hasta de pseudoespiritualidad. Sólo en tiempos muy recientes, la autoridad eclesiástica, sabiamente inspirándose en la experiencia —casi siempre negativa— del activismo político contemporáneo, necesariamente partidista, ha excluido las responsabilidades políticas directas de la existencia sacerdotal, encomendándolas a los laicos. La acción política a principios del siglo XIX tenía otro color y otra dinámica en una sociedad no regida por los criterios propios de la secularización y de la racionalidad política, características de la modernidad efectiva. El Padre Varela, en Cuba y —hasta cierto punto— también en España, vivió la modernidad político-social como proyecto, no como realización; tendría que esperar a su exilio norteamericano para conocerla vivencialmente como realidad, todavía incipiente y preñada de ambigüedades, pero ya efectiva. La misión complementaria y específica de los sacerdotes y de los laicos en la sociedad moderna no estaba tan claramente delimitada —no podía estarlo— en la Eclesiología y en la acción pastoral y misionera de la Iglesia de la época. Esta valoración debe inspirar también el juicio que nos formemos acerca de la actividad política, de otro orden, más bien magisterial, que el Padre Varela desempeñó desde sus tiempos profesoriales en Cuba y durante su exilio en los Estados Unidos de Norteamérica por medio de textos de contenido sociopolítico y económico y de sus relaciones personales.

26. La poetisa cubana Dulce María Loynaz, recientemente fallecida, conocedora de la personalidad y de la obra del Padre Varela, refiriéndose a la participación del Padre en las Cortes, afirma: «Nada ni nadie lo sugiere, pero presumo que tuvo que hacer un gran esfuerzo para cambiar las vestiduras talares del presbítero por la toga del tribuno. Las polémicas, los debates que se presume no serían nada serenos, sino consecuencia del ambiente caldeado por violentas pasiones —pasiones enardecidas por el mismo pueblo—, todo, en fin, tenía que herir su fina sensibilidad, chocar con sus más arraigados sentimientos. Sin embargo, se sobrepuso a todo, se venció a sí mismo, que es la victoria más difícil de obtener. ¿Cómo pudo lograrla? Ésta sería la natural pregunta: ¿Cómo pudo este hombre de paz enfrentarse a aquella asamblea tormentosa; cómo pudo argüir, razonar, convencer?... ¿Dónde halló fuerzas para hacerlo? Las halló en el amor a los suyos, en el amor a la justicia, siempre y únicamente en el amor, porque el amor tiene su taumaturgia y él, en el amor, era maestro» (Conferencia pro-

nunciada en la Catedral de Pinar del Río, el 19 de noviembre de 1988, en la celebración diocesana del bicentenario del nacimiento del Padre Varela).

27. El exilio en los Estados Unidos y el estilo de vida que el Padre debe asumir en Nueva York ponen de manifiesto su dilatada caridad pastoral. No la adquiere entonces: ya la llevaba *in corde et anima*, pero la circunstancia de vivir en Nueva York en aquella época y precisamente en zonas cercanas al puerto, lo que lo convirtió en el responsable natural de la acogida a los emigrantes, mayoritariamente irlandeses y muy pobres, le brinda la ocasión para que se evidencie en toda su magnitud. La vida en «San Carlos y San Ambrosio» y en las coordenadas habaneras de su juventud profesoral ocultaron a los ojos de sus contemporáneos cubanos esa dimensión del corazón sacerdotal del Padre. Si en Cuba había sido el paradigma del «maestro» y como a tal se le admiró y veneró, en Nueva York empezó a manifestarse como «el pastor santo» que siempre había sido y que como tal, quizás, no había sido percibido por todos en las etapas anteriores de su vida sacerdotal.

28. El Padre, en Nueva York, vive la generosidad para con los pobres, para con todos sus feligreses y para con sus amigos —en Cuba y en Estados Unidos— en grado inaudito. Constituye un lugar común aludir a su caridad material, a la entrega de sus cosas y de su dinero a los necesitados, sin entrar en cálculos acerca de sus propias necesidades materiales; también se suele mencionar, en este acápite, su trato exquisito para con todos, incluyendo evidentemente a las personas más sencillas que constituían su feligresía habitual. Y fueron ciertas estas manifestaciones de la caridad del Padre. Pero se alude menos a lo que significó la entrega de su persona y de su tiempo a tareas a las que no estaba muy habituado y al estudio y elaboración de textos, a lo que sí estaba habituado, pero ahora debía hacerlo como algo sobreañadido a la cotidiana labor parroquial y a su colaboración pastoral con el Obispo, como Vicario General que era. Todo se nos hace más sorprendente cuando tenemos en cuenta que el Padre Varela nunca fue un hombre saludable. Sólo considerando que era el espíritu inflamado lo que vivificaba y arrastraba aquel cuerpo podemos comprender. Entrega personal a un nuevo ministerio pastoral, en tierra extranjera, en el seno de una Iglesia local con características muy diversas a las de La Habana del Obispo Espada, consagrando la mayor parte de sus desvelos a los irlandeses —designio de Dios que le abrió este camino insospechado al Padre para poder retribuir lo que de los irlandeses de San Agustín había recibido y que inconscientemente lo habían preparado para ese ministerio pastoral (cf. *supra* nn. 14, 15 y 16)—, sin olvidar a Cuba y a los cubanos. ¿De dónde la energía para escribir y recibir a tantas personas cargadas con tan disímiles situaciones, de dónde el tiempo? Del amor y de la noche, aliviada por la luz tímida del candil que le permitió leer, estudiar y escribir, pero que le quemó los ojos, puestos en los Estados Unidos y en Cuba. Así, en la noche neoyorkina, robándole horas al sueño y desgastándose la vida por amor, pudo elaborar sus ricos documentos teológicos y canónicos para los concilios fundacionales de la naciente Iglesia Católica en los Estados Unidos y para las publicaciones de la Arquidiócesis de Nueva York, así como para redactar el boletín parroquial y el catecismo para los hijos de los emigrados irlandeses. Y también en la noche neoyorkina se desgastó por el amor a los cubanos regalándonos las ediciones revisadas de sus obras filosóficas, las *Cartas a Elpidio*, los siete números de *El Habanero*, *papel político, científico y literario*, la traducción al castellano, con sus comentarios personales, del *Manual de Práctica Parlamentaria para el Uso del Senado de los Esta-*

dos Unidos, de Thomas Jefferson, la traducción también de *Elementos de Química Aplicada a la Agricultura* de Juan Gray, su esclarecedor epistolario, sin duda incompleto, etc. En todas las obras enunciadas descubrimos elementos de la «espiritualidad» del Padre Varela, de su manera de asumir y de vivir la naturaleza humana, individual y social, y la economía de la Gracia de Cristo, encarnada en ella, pero me parece que, para el tema que nos ocupa, la obra más relevante es *Cartas a Elpidio sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad*.

29. El Padre planeó con cuidado esta obra y a ella se refiere en varias cartas a amigos. Constaría de tres partes: la impiedad, la superstición y el fanatismo. Aparecieron las dos primeras, o sea, la impiedad (1835) y la superstición (1838). ¿Escribió o no la tercera parte, sobre el fanatismo? No lo sabemos a ciencia cierta; de hecho, nunca fue publicada. ¿Qué son, en realidad, las *Cartas a Elpidio*? «Sin duda —responde el filósofo cubano Humberto Piñera— un ensayo de fundamentación de la vida moral sobre la base de la creencia en la religión revelada y el consiguiente acatamiento al principio de autoridad que la misma representa. Podría, pues, denominárseles con cierta reserva un tratado de ética teológica. Hombre de su siglo, el Padre Varela trata de llegar en esta obra a una conciliación de la noción del progreso, de la ilustración y de la libertad de conciencia. Como sacerdote y hombre de firme creencia, está decididamente convencido de que sobre la base de sus creencias puede asentarse en edificio de la moral. Pero, simultáneamente, como liberal y progresista, siente la necesidad de oponerse a males que arraigan en la religión misma... él sabía que sólo a base de estas ideas podía llegar a conseguirse para Cuba un estado de conciencia capaz de operar una decisiva transformación» (Introducción a *Cartas a Elpidio*, Editorial de la Universidad de La Habana, 1944, t. I, p. XXVII).

30. El historiador cubano contemporáneo Eduardo Torres Cuevas, especialista en los estudios varelianos, responde a la misma pregunta de manera un tanto diversa, aunque no totalmente contradictoria: «Trátase, pues, de una obra que, tomando factores humanos y sociales por lo general desarrollados en la problemática religiosa, tienen también un sentido ideológico en la sociedad y la política. Por tanto, las “Cartas a Elpidio” es una obra política de proyecciones ideológicas y sociales. La idea es tan original y tan poco común que sólo pudo ser concebida en la mentalidad de un religioso con proyecciones políticas, no por el contenido religioso, sino por la utilización de la conceptualización religiosa en la política. La obra sigue teniendo como objetivo fundamental el desarrollo moral y patriótico de la juventud cubana... Un principio que no puede perderse de vista a la hora de valorar las célebres “Cartas”, es que el católico Varela ve en los factores culturales, éticos y políticos del verdadero catolicismo, elementos constitutivos de la nacionalidad cubana» (*Félix Varela. Los orígenes de la ciencia y con-conciencia cubanas*, La Habana, 1995).

31. Enfatiza más Piñera, católico él mismo, el componente religioso, que es el cimiento de las opciones éticas, y subraya Torres Cuevas el componente sociopolítico, que es la finalidad de dichas opciones. Lo cierto es que ambos ingredientes prestan armazón a la obra y que los destinatarios inmediatos de la misma son los jóvenes cubanos, velados bajo el nombre simbólico de «Elpidio», sustantivo o adjetivo y nombre propio en castellano —como sabemos— de origen griego, derivado de *elpis*, esperanza, que podría significar «hombre con esperanza» (esperanzado) u «hombre en quien se pone esperanza» (esperanza-

dor). Y el significado lo conocía muy bien el Padre cuando escogió el nombre para ese destinatario simbólico de su obra. Los jóvenes cubanos que esperaban un futuro mejor para su Patria y trabajaban por obtenerlo eran los merecedores de la esperanza del Padre. Ahora bien, para conseguir ese futuro mejor esos jóvenes debían armarse con las armas de la Verdad, del Bien, de la Belleza; debían ser hombres ungidos por la eticidad y por la espiritualidad evangélicas; la cual, a su vez, supone la libertad de conciencia, que a un mayor y mejor ejercicio de la libertad responsable conduce. A mi entender, el Padre Varela condensa en las *Cartas* sus mejores esencias de sacerdote católico ilustrado; en ellas sintetiza su visión de la Fe Católica, traducida en las ideas filosóficas propias de la Ilustración, tal y como las había interiorizado, primero en San Agustín y en Cuba, y después en los Estados Unidos, a la sombra de sacerdotes ilustrados ejemplares, que las habían asimilado sabiamente, con un discernimiento crítico cuya apoyatura está en los contenidos de la Revelación, y verificadas por el Padre, tanto por sus estudios, como por su experiencia pastoral concreta. Con las *Cartas* pone su pensamiento entero y ya maduro al servicio de su pueblo que, además, podía «leer» el contenido de la obra en la persona del Padre.

32. En los días finales, por prescripción médica debe trasladarse a un clima más benigno debido a sus crisis asmáticas reiteradas. Escoge —no nos sorprende— San Agustín. Le faltaba el aire, apenas veía —no podía leer—, las manos de anciano frágil le temblaban tanto que tampoco podía escribir y ya no era capaz de tocar melodías en su violín, al que había sido aficionado desde niño, para divertir a los niños que jugaban en el parque y reunirlos y conversar con ellos acerca de Dios, de la Iglesia y de todo lo que interesa a los niños y puede ayudarlos a crecer. Lo acoge el párroco de la ciudad y vive más pobremente que nunca antes, en un cuarto de madera vieja, al fondo del edificio de la escuela parroquial anexa al templo, con pocos muebles y algunos libros que ya le resultan prácticamente inútiles. El desasimio, preludio de su muerte, es inaudito. La carta del Padre Stephen Sheridan, que vive con él en la Parroquia de San Agustín, al Arzobispo de Nueva York, para comunicarle el deceso de quien continuaba siendo su Vicario General, aunque ya no ejerciera tal servicio por sus condiciones de mala salud, es la mejor fuente de información para conocer cómo ocurrió la muerte del Padre, su hora de la verdad. Está fechada en San Agustín, el 26 de Febrero de 1853, o sea, al día siguiente de los funerales del Padre, cuya muerte había ocurrido el viernes 18 —fecha afirmada por el Padre Sheridan—, no el viernes 25, como aparece en el certificado de defunción, dependiente éste de un lamentable archivo del viejo y hoy clausurado cementerio del Tolomato, en el que reposaron los restos del Padre hasta su traslado, en 1911, al cenotafio en el que se encuentran hoy, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. Lamentablemente, este error se repite en algunas biografías del Padre.

33. Nos asegura la carta del Padre Sheridan al Arzobispo de Nueva York que, sintiéndose muy débil, él mismo Padre pidió los sacramentos. «Cuando hablaba de su próxima disolución —cito al Padre Sheridan— lo hacía con tal entereza y con espíritu tan firme y dueño de sí mismo, que nos costaba trabajo comprender que realmente se creyese él mismo tan próximo a su fin, imaginándonos todos que se repondría de aquel ataque como se había repuesto de otros varios. Cuando el Reverendo Padre Aubril —que era el Párroco— estaba a punto de darle el viático, el Padre Varela lo interrumpió para decir estas palabras: “Tengo que cumplir una promesa que hice mucho tiempo antes de ahora. Tengo que hacer en este

momento, en el momento de mi muerte, como lo he hecho durante toda mi vida, una profesión de mi fe en la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía”, y mirando fijamente hacia la hostia levantada, exclamó: “Creo firmemente que esta hostia que Usted tiene en sus manos, es el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo bajo la apariencia de pan”. Después de recibir el Sacramento, pareció sentirse un poco mejor... El Padre Varela permaneció en su entero juicio hasta el último momento y rindió su alma sin ningún esfuerzo. Nada ha quedado por hacer para aliviar sus sufrimientos mientras vivió, ni para honrar sus reliquias después de muerto. Hizo la súplica de que lo enterrasen en el tramo común del cementerio, cerca de sus parientes. Como todo el mundo aquí lo amaba y respetaba mucho, muchas y muy fervientes plegarias se han hecho y continúan haciéndose por el descanso de su alma» (*Carta al Arzobispo Hughes*, publicada en «Freeman's Journal» de Nueva York, 12 de marzo de 1853, p. 4). La Misa Pontifical de *Requiem* por el Padre Varela, Vicario General de la Diócesis, tuvo lugar en la antigua Catedral de San Patricio, que se levantaba en Mulberry St., el 10 de Marzo a las diez de la mañana.

A modo de conclusión: la pasión por la verdad íntegra

34. Al repasar la vida y las obras del Padre Varela, auscultando los latidos más íntimos de su personalidad, tengo la impresión de que, en él, la realidad englobante de todo, la flecha que nos revela el sentido de sus opciones y de su espiritualidad, fue su pasión por la Verdad íntegra: la verdad de Dios, creador y providente, Uno y Trino, revelado por Jesucristo y presente de modo eminente en Su Iglesia; la verdad del hombre y de sus exigencias creaturales como persona destinada por Dios a crecer, en cuerpo y alma, viviendo libre y dignamente, en una sociedad justamente regida, como imagen cimera del propio Dios; la verdad acerca del mundo entregado por Dios al hombre para que responsablemente usara de él y lo condujera progresivamente a la realización de sus posibilidades, a menudo insospechadas.

35. A la luz de su pasión por la Verdad total, me parece que se integran: la religiosidad acerina, que lo llevaba a vivir en perenne relación de amor indefectible para con Dios y con sus hermanos, su interés simultáneo y sostenido por las realidades trascendentes y por las intramundanas, en las que se juega la existencia de los hombres, sin contradicciones entre ambos intereses y fidelidades; la dedicación al estudio y al cultivo de su sensibilidad poco común, así como, consecuentemente, a la enseñanza de disciplinas muy diversas; la decisión por el sacerdocio católico vivido hasta el final con una entrega y una coherencia que me atrevo a calificar de heroicas; el amor por la Patria siempre presente y su convicción de que la independencia política de la misma —con relación a España y con relación a cualquier otra Nación— y el sistema democrático de organización de la convivencia social constituyen la situación que mejor se aviene con la naturaleza humana en general y con la realidad cubana en particular, para lograr la efectividad de la justicia en el ejercicio de la libertad; la disponibilidad para servir, admirablemente bien, en los distintos menesteres que se le fueron presentando en su existencia sacerdotal; la búsqueda de las mayores cuotas posibles de eticidad y de libertad responsable, en él y en los demás, en el esfuerzo sostenido por hacer siempre todo lo bueno a su alcance, sin quedarse paralizado ante lo óptimo que, frecuentemente, nos resulta imposible, etc.

36. «Todo es gracia», afirmaba Santa Teresa del Niño Jesús, la de Lisieux, recientemente declarada Doctora de la Iglesia. Gracias sobrenaturales inefables —las de esta índole siempre lo son— recibió el Padre Félix Varela y a ellas respondió con todos los recursos que de él dependieron, generando ese hombre maduro, que hoy admiramos y que nos enciende e ilumina el ánimo. ¡Mucho debió escrutar en su interior el Padre, mucha oración debe haberlo acompañado siempre para poder descubrir la Gracia en todos los jalones de su vida, para saber lo que Dios quería de él en cada circunstancia y para poder vivirlo con serenidad fecunda! Mucho estudio, mucha lectura inteligente, mucha actividad pedagógica, política y parroquial, sí, pero mucho más que estudio y lectura y actividad tuvo que haber en la médula de aquella vida para se nos convirtiera en lo que hoy contemplamos: una existencia «teológica»; una persona que, por su modo de ser y de vivir, contribuye a la epifanía de la Verdad, que es también Camino y Vida. Capaz de sufrir mucho y, simultáneamente, de proyectar paz y alegría y buen humor en su entorno. No rumió agravios ni frustraciones; no se le descubren la envidia o el desaliento sostenido por ninguna rendija; hizo de la amistad, generosa y leal, un culto cuyo fuego mantuvo encendido hasta el final de sus días... ¡Tantas otras «notas» podríamos señalarle, que nos permiten intuir los valores espirituales que, al parecer, le crecían al compás de los contratiempos, asumidos con coraje, para emprender inmediatamente lo bueno posible, lo que estaba a su alcance! Eslabón de una cadena de hombres ejemplares fue el Padre, pero eslabón de oro pues, aunque es deudor de muchos predecesores y contemporáneos, precedió a todos los cubanos contemporáneos en la vivencia y en la irradiación.

37. La existencia terrenal del Padre Félix Varela terminó en San Agustín. Los restos de su cuerpo, templo frágil de un espíritu muy grande, son hoy poco más que polvo, encerrado en una urna de mármol blanco en el lugar más noble de la Universidad de La Habana, que tantos cubanos seguimos reconociendo como uno de nuestros hogares irrenunciables. No son esos restos los que nos reunieron en La Habana, en la tarde del 23 de Enero pasado, junto a Su Santidad Juan Pablo II, en su encuentro memorable con el mundo de la cultura en la contradictoria Cuba contemporánea. Son otras realidades varelianas, las vivas, las que evocó el Papa, cuando lo presentó como personalidad paradigmática, válido también para el cubano de hoy, creyente o no creyente, que se esfuerza por mejorar la calidad de la vida en nuestra Isla.

Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal
Vicario General. Iglesia de San Agustín
Av. 37, No. 4208 e/42 y 44
Playa. Ciudad de La Habana. Cuba